

EL ARCHIVO

REVISTA DE CIENCIAS HISTÓRICAS

DIRECTOR

Dr. D. Roque Chabas

PRESBITERO.

TOMO III.

DENIA.—Octubre. 1888.

CUADERNO III.

SITIO DEL CASTILLO DE SAN FELIPE (MAHÓN.)

Memorias de un inglés.

(Conclusión)

18. Retiramos los cañones detrás los parapetos que se mantienen en pié. Creo que su fuego es superior al nuestro en razón de 6 á 1. Sus baterías están dispuestas con tal arte y relacionadas con nuestro frente de modo que les hacemos muy poco daño, mientras ellos con sus innumerables bombas y penetrantes balas nos perjudican mucho. Se ha reunido un consejo de guerra, porque se puede presumir por lo que aumenta el fuego del enemigo que intenta hacer el día 20 un gran esfuerzo por ser el cumpleaños del Rey. Dios sabe que estamos miserablemente provistos para recibirlos.

19. A las 5 de la tarde empezaron las descargas y muchas bombas cayeron en la plaza, 30 ó más en una hora. Nunca artillería alguna estuvo mejor servida y se puede decir sin lisonja, que ambas partes rivalizaron en valor é inteligencia. Por dos horas todo tranquilo, disparando nosotros despues dos andanadas de todos nuestros cañones con-

tra el enemigo que creímos nos venía encima.

20. Una bomba cayó en el almacén de manteca de la Casamata española. Están trabajando en el monte Miseria y mantenemos un vivo fuego siempre que asoman la nariz. Por la noche se cruzan las bombas de ambas partes. Tenemos muchos enfermos, heridos y los que han muerto de heridas, de modo que en caso de asalto dispondremos de poca gente. El fuego, desde el primer día ha sido tan superior al nuestro como lo es el sol de la luna. Sin embargo, nuestra gente ha demostrado siempre el verdadero y genuino valor de un inglés. Cada segundo gritan los centinelas: "cae una bomba."

21. Los soldados se vuelven molestos pidiendo rom aunque el general solo ha permitido hasta donde aconseja la prudencia. Son insaciables. Sin embargo como sostenemos un constante y certero fuego esto les induce á desahogar todo su despecho contra el castillo de San Felipe. Dos cañoneras en la isla de la Cuarentena nos acosan con balas y bombas. Se presentó el desertor del regimiento de Burk.

23. Dice que cuando estén completadas las baterías tendrán 150 cañones

y 50 morteros. Esperan de cada momento cañones y municiones de Barcelona, que tienen muchos enfermos y que todos los heridos mueren.

Regimientos que componen la fuerza del enemigo:

El Rey.—Burgos.—Múrcia.—Ullona.—1.º de Cataluña.—América.—Princesa.—Almansa.—Rochat, suizos.—Baron D. Reding.—Compañías de Granaderos.—Saboya, 2 compañías.—Príncipe, 2 id.—Nápoles. 1 id.—Milán, 2 id.—Buch suizos 2 id.—Artillería, 1000 hombres.—Ingenieros ó mineros, 400 id.

El desertor dice que han perdido 14 ó 15 buques cargados de municiones. Diez y seis bombas han caído en la plaza, ninguno ha perdido la vida, han sostenido un vivo fuego. Hemos descubierto sus zapadores ó mineros que trabajaban para hacer volar el marlbord, hacemos contraminas, arrojan mas bombas de lo que acostumbraban. Creo que ponen mucha carga en los cañones, de otro modo no podrían llegar á tan grande distancia, pasando por encima de la fortaleza hasta el mar. Sus bombas causan gran daño á las obras por su explosión. Un granadero del 61 ha desertado. Han arrojado muchas bombas durante la noche.

24. Las tropas se niegan á llevar municiones en las baterías. Los artilleros muy fatigados. El escorbuto hace estragos entre nuestros hombres. Un sargento, un cabo y tres soldados corsos desertaron. Mantienen un vivo fuego.

Bajas desde el 6 al 23 de Enero inclusive.

Artillería, muertos 3, heridos 9, fallecidos 1, desertores 1.

51 regimiento, muertos 3, heridos 11, fallecidos 8, desertores 1.

61 regimiento, muertos 1, heridos 10, fallecidos 9, desertores, 1.

Príncipe Ernesto, muertos 4, heridos 19, fallecidos 2, desertores 1.

Gold akers, muertos 4, heridos 8, fallecidos 2.

Cuerpo de marina, muertos 9, heridos 16, fallecidos 8.

Mineros (ingenieros), heridos 1.

Corsos, heridos 1.

Total 24 muertos, 75 heridos, 30 fallecidos y 4 desertores.

Han fallecido 34 á consecuencia de las heridas.

Nos molestan continuamente con bombas y balas y á cada instante cargas enteras de escombros caen del castillo, esto sucede hace muchos dias. Nueve bombas han caído en la plaza.

26. Fuego vivo del enemigo. Una nueva batería á la derecha de la viña de *Bini sayde*. Han montado sus baterías con sumo tino, pues ahora estamos rodeados por los fuegos. El sarjento Mears del 61 se ha suicidado. Toda la noche han disparado. Siete bombas cayeron en la plaza.

27. Cuatro corsos desertaron. Hemos dejado en el reducto de la Reina unicamente 6 cañones y 12 hombres, no se puede sostener. Segun parece no se atreven á asaltar por temor de nuestras minas; damos gracias á los desertores por esto. Una bomba de 13 pulgadas ha caído sobre un centinela hannoveriano y lo ha hecho pedazos. Sea cuando fuere que salgamos, el Duque no puede tener una gran gloria (ó crédito), no podrá decir que haya conquistado una fortaleza casi inexpugnable,

sino un hospital de heridos, enfermos é inválidos.

28. El movimiento del enemigo es muy activo, los nuestros le han contestado siempre con viveza y han aprovechado bien los tiros. El pobre castillo está en un estado desmantelado y ruin semejante á una prostituta pintada, hermosa en el exterior y fea en el interior; tales son todas nuestras obras exteriores. Ayer hubo consejo de guerra. Estoy seguro que por término medio no han caido menos de 70 bombas en la plaza del castillo, los centinelas apenas tienen tiempo para decir cae una bomba, cuando ya tiene otra á sus piés.

29. El teniente de ingenieros Johnston herido. Por la noche más quietud que ningun dia durante el sitio. Con las dos lanchas cañoneras en la isla de la Cuarentena estamos rodeados de baterías excepto á la entrada del puerto.

1782.—Enero, 29. Dos niños del Cap. Harman para ganar una peseta colocaron una bomba de 13 pulgadas en una caja de pólvora y la llevaron rodando á la puerta del Laboratorio. A eso de las 7 tres bombas reventaron en la plaza del castillo á un mismo tiempo, gran movimiento entre el enemigo. Excepto los 3 primeros dias, nunca han mantenido un fuego más vivo que esta noche.

30. Hay muchas bajas entre los nuestros. Estando casi agotadas nuestras bombas de 13 pulgadas, recogemos las del enemigo y las devolvemos. Aunque el fuego de ayer fué tan escesivo, con el favor de Dios, no tuvimos más que 2 hombres levemente heridos.

31. Una bomba cayó sobre la habitación del capitan Wilkies, había dos

caballeros, un soldado y un perro, la bomba reventó y no hirió á ninguno. Siete bombas en la plaza. En dos dias han caido enfermos del escorbuto 108 hombres. Su fuego se hizo más continuo desde que se fugó el desertor. Graniza. Han formado un espaldon de barriles desde la torre del agua hasta la batería del botalon.

Febrero, 1.º El dinero y rom que se dá á los marineros produce entre ellos disgustos. Estamos enfermizos y esto vá en aumento. El soldado mientras pueda sostenerse no quiere entrar en el hospital que detesta. El castillo y las baterías á su alrededor están tan maltratados por las bombas del enemigo que no se puede pasar sin peligro de caerse. De una salida de los corsos han resultado heridos un capitan y tres soldados.

2. El fuego del enemigo nos deja sin descanso y la gente de cada dia desfallece.

3. Los hannoverianos mueren en gran número y los nuestros no se les van muy en zaga. Solo quedan 10 hombres para una guardia de capitan. El Doctor Murro ha pasado revista á toda la artillería á causa del escorbuto. Creo no podemos sostenernos más de 4 á 5 dias, pues el enemigo tiene todas las baterías que dominan la izquierda de la torre del agua prontas á romper el fuego. Se ha reunido un consejo de guerra.

Bajas desde el 19 de Agosto hasta el 2 de Febrero: 59 muertos, 149 heridos, 65 fallecidos y 35 desertores. Segun la relación del Ayudante del fuerte.

Aumentan las enfermedades de la tropa.

4. A eso de las 10 menos diez mi-

nutos de la mañana el tambor dá señal y toca de que viene un parlamentario y se iza una bandera blanca en el caballero del bastin del oeste, cesando desde luego las hostilidades.

El teniente D' Linsing sale con una carta ó sean las condiciones que pedimos.

Puedo decir con justicia que nunca demostró ninguna tropa mayor valor é intrepidez que la nuestra, expuesta continuamente á las balas y bombas del enemigo.

5. El duque con una gran comitiva entró en el fuerte á eso de las once y al entrar en la plaza quedó muy sorprendido al parecer del destrozo que habían hecho las bombas. Nuestras tropas salieron antes de las doce, prisioneros de guerra por entre el ejército español y francés que derramaban lágrimas al ver el estado deplorable de los infelices que se habían batido tanto tiempo contra ellos y depuso las armas en la pared del camino nuevo junto al molino de Alimundo. Con el gasto hecho por el enemigo para la toma del castillo, el que se necesita para reponerlo, y para pagar las pérdidas que ha sufrido la gente pobre, se podría comprar dos veces Menorca. Los dos regimientos británicos y la artillería pasan á Aleyor, los dos hannoverianos á Ciudadela.

6. Tres soldados nuestros mueren en el camino de Aleyor. Los españoles saquean los cajones, cajas, etc., harina, aceite, arroz del fuerte y los paisanos lo compran.

8. No se fija la pérdida del enemigo. Se dice que ha tenido unos 500 muertos, pero yo creo que no baja de

2000. Algunos hacen subir su fuerza á 14, otros á 16 y algunos hasta 20.000 hombres.

Los habitantes de Villa Jorge me cuentan que el enemigo ha cometido mil iniquidades con los santos, la Virgen y los Apóstoles. Los oficiales dicen que se ha decidido destruir el castillo para que los ingleses no vuelvan á apoderarse de él. Ha llegado de Mallorca una compañía muy miserable de cómicos.

9. Nada está seguro y todos se quejan de la pérdida de algunos de sus efectos. El Duque ha prometido que se pagaría lo que se hubiese perdido después de la toma del castillo.

11. La primera fragata y un gran jabeque entran en el puerto. Los capitanes Harman y Blakeney inspeccionan los trasportes que han de conducir la tropa á Inglaterra.

12. Sir Wilian Draper sale del castillo para Mahón.

Aquí acaba mi memorandum.

La fuerza de nuestra tropa el dia que entramos en el castillo (19 Agosto de 1781) era de 2295 inclusos griegos y todo.

Febrero, 3. No se han incluido 1227 artesanos griegos y 70 corsos, además de los 1227 había 687 atacados de escorbuto y sujetos á pasar al hospital el 5 de Febrero en que salimos.

POESIA É HISTORIA.

Por casualidad hemos tenido ocasión de leer en *EL ARCHIVO*, periódico que tan dignamente dirige el ilustrado y concienzudo escritor Sr. Chabas, un ar-

título de Valentin Claret, acerca de un tema propuesto por la sociedad valencianista *Lo Rat-Penat*. El tema era el de un "poema ó leyenda en verso, de regulares dimensiones, en que se cantasen ó describieran los principales hechos de la vida del rey D. Jaime el Conquistador; rigurosamente ceñidos á la verdad histórica y justificados con los correspondientes testimonios de los historiadores."

El Sr. Claret, después de hacer constar en dicho artículo su valencianismo de una manera digna de elogio, y decir que sus reflexiones no eran otra cosa que consejos de amigo, añade refiriéndose al tema:

"No vamos á censurar el descuido de la redacción, en la que se da como *gramaticalmente posible* una leyenda, ceñida rigurosamente á la verdad histórica, ni de que ésta se logre certificar con dichos de algunos historiadores, que es mucho suponer; sinó la exigencia de un tema imposible de satisfacer, á ménos que se confundan lastimosamente géneros que jamás pueden verse juntos en una misma forma, sinó á condición de absorberse uno al otro, resultando un pastel, una mescolanza, ni hermosa, ni verdadera."

En primer lugar, no podemos conceder que en la redacción del tema haya descuido alguno, como supone el señor Claret, *con toda su gramática*; y en segundo, tampoco concedemos que el tema sea imposible de satisfacer, puesto que se ha satisfecho, y muy aceptablemente como en breve creemos que podrá convencerse el descontentadizo articulista; pues en cuanto á los testimonios de los historiadores, seguros esta-

mos que quedará complacido y en lo tocante al pastel que debe resultar, según su criterio, tampoco le disgustará.

Dice que la poesía histórica debe ser la historia idealizada, y no la real. Que el poeta debe ser hombre instruido, y no soñador sin estudio, un animal entusiasmado; así como tampoco se le ha de someter á la férula de un dómine que le obligue á escribir historias documentadas. Que pretender ajustarse al rigor de la verdad histórica, es proponerse ridículas gimnasias.

Estamos conformes en las condiciones que el poeta debe reunir; pero tampoco se le deben dejar las alas de su fantasía tan largas que remontando el vuelo de ésta, al describir la historia idealizada del rey D. Jaime, los que la hayan leído sin idealizar no la conozcan, por parecérsese tanto en los versos como un huevo á una castaña. En cuanto á lo de las gimnasias, para algo existirá eso que se llama arte.

Luego parece querer demostrar con un gracioso símil, que si bien los hechos de la historia resultan hermosos estando aislados, no ha de suceder lo mismo al querer unirlos, como por ejemplo: cual el indicado tema lo requiere; pero el buen gusto del poeta en la elección de los, al parecer tan discordes elementos, y la artística combinación de los mismos, bien puede producir el armónico concierto llamado poesía.

"El punto,—dice,—tal como se propone, se habrá formulado sin larga meditación, está escrito de prisa y sin mirar las consecuencias. No nos ha extrañado, sin embargo, porque en parte se muestra como fruto de enseñanza que no es del todo correcta."

En cuanto á las consecuencias de la impremeditación con que, según el señor Claret, debió ser redactado el tema, no han sido tan fatales para la literatura lemosina como él en su pesimismo presagiaba, ya que por de pronto ha producido el poema de que, con algún detenimiento, vamos á ocuparnos, y que acaso en no lejana fecha sea la base para la composición de una gran obra sobre idéntico asunto. Respecto á las *incorrectas enseñanzas* á que alude, ingenuamente confesamos que á pesar de haber intentado descifrar el sentido de tan enmarañado concepto, continúa siendo un enigma para nosotros.

Y sigue diciendo: "El tema presentado es una camisa de fuerza, en la que estarán amarradas la historia y la poesía que se herirán una á otra en incómoda estrechez."—¿Pues qué, Sr. Claret, faltan ejemplos en que sin molestar, ni mucho menos herirse, se unieron en íntimo consorcio bellísimamente enlazadas por el arte, la poesía y la historia?—"La poesía tiene su yugo en la métrica, déjesele el respiro de la forma."—¿Sabrá el Sr. Claret distinguirnos la diferencia que existe entre la métrica y la forma?

Después de jugar con las palabras poesía é historia, y dar algunos consejos más á la sociedad de *Lo Rat-Penat*, confiesa que á él se le presenta este tema como una cucaña descomunal, elevadísima y enjabonada, á la que nadie se atreve por no pasar el ridículo de seguros resbalones, pues no habrá fuerza humana que resista tantos esfuerzos como pueden suponerse para no llegar al límite jamás; así se escribiera el punto con letras doradas sobre el ar-

co iris por espacio de una centuria á concurso del universo mundo.

¡Ay, amigo Sr. Claret! Sabido es que no hay atajo sin trabajo, y que el que no arriesga, no pasa la mar.

No creyendo que fueran tantas y tan insuperables las dificultades que para una composición de este género se presentaran, pero pensando si, en que era muy difícil y costosa esta tarea, sabiendo que el premio ofrecido al tema en cuestión se había adjudicado, y que el poeta que lo había obtenido era nuestro distinguido amigo el Sr. D. Constantino Llombart, nos decidimos á marchar artículo en mano, á casa de dicho señor, y ver cómo se lo había compuesto para amarrar poesía é historia en la camisa de fuerza del tema, sin que resultase lo que el Sr. Claret cree que indefectiblemente debía resultar, pues no podíamos dudar del buen criterio, rectitud y justicia del Consistorio que había premiado el trabajo. Leímos al señor Llombart el artículo en cuestión, quien se congratuló con el valencianismo del autor. Al terminar la lectura le preguntamos qué le parecían las afirmaciones de éste, y nos respondió que, sin duda, como el tema del *Cartell*, en opinión del Sr. Claret, su artículo había sido escrito de prisa, sin meditación y sin mirar las consecuencias. (Este aserto nos pareció oportunísimo). Si se hubieran de citar—prosiguió—los trabajos poéticos enlazados á la historia, que han dado á sus autores envidiable nombre, lo cual bastaría á demostrar la inexactitud del principio sobre que descansa tan rotunda afirmación, sería tarea interminable. (Así lo creemos y lo creerá cualquiera persona medianamente co-

necedora de la literatura). Luego rogamos al Sr. Llombart nos leyese algún capítulo ó canto de su leyenda, que así la titula en su modestia, aunque nosotros creemos que debería titularla poema, porque para ello reúne las condiciones necesarias; y condescendiente y amable, nos dió lectura de su trabajo, cuyo ligero sumario nos permitiremos hacer, únicamente para que el Sr. Claret pueda hacerse cargo, aunque muy suscintamente, de este *raro prodigio*.

Hélo aquí:

La Mort del Conqueridor.

LEYENDA DEL SIGLO XVI.

I.

Lo real del eixèrcit.

Viejo y enfermo el rey D. Jaime, contra su voluntad, por prescripción facultativa no puede ponerse al frente de su ejército, que se halla en Játiva, para combatir la insurrección de los moros sublevados en las inmediaciones del Valle de Albaida, acaudillados por el famoso Alzadrach ó Alazarch.—La acción principia al amanecer con la celebración de una misa de campaña, la cual, sentado en un sillón oye el rey desde una de las ventanas de su palacio, frente á la que se ha colocado el altar, donde se efectua el sagrado sacrificio.—Terminada la ceremonia, y después de haber comulgado los principales caballeros que van á partir á la guerra, acaudillados por el infante D. Pedro suben éstos á despedirse del rey, el cual les manifiesta su profundo sentimiento de no poder marchar en busca del enemigo.—Partida del ejército.

II.

La febra del rey.

El rey se encuentra postrado en el lecho; á su cabecera el judío Jahuda está escribiendo la *Crónica* que dicta el monarca, con cuyo motivo el poeta dá á conocer varios de los principales hechos de la vida del Conquistador, hasta que la calentura priva á éste de los sentidos.—En los momentos de fiebre el rey delira, y el Sr. Llombart indica suscintamente y de un modo admirable algunos de los amoríos y hechos de armas del ínclito monarca, hasta que queda este adormecido. En tal estado, llega un mensajero del campo de batalla á anunciar al rey que ésta es desastrosa y que los cristianos van á quedar vencidos.—Los que con el rey se encuentran, conociendo el carácter impetuoso de D. Jaime, dudan entre darle esta fatal noticia teniendo en cuenta el grave estado de su salud y aguardar á que se decida la victoria. Pero el rey que vuelto ya en sí de su aletargamiento ha podido comprender el peligro en que su ejército se halla, se incorpora y salta del lecho, cayendo al suelo débil y sin fuerzas.—Levántanlo y procuran acostarle, pero llevado de su enérgico carácter manda disponer la silla de manos donde se hace colocar, y con el pendón real parte precipitamente al campo de la lucha.

III.

Lo dimats malavirat.

Descripción de la desastrosa batalla de Lluchente.—Los moros llevan en la lucha gran ventaja á los cristianos.—El rey D. Jaime llega en el momento

en que más encarnizada está la pelea; distinguen la sarracenos el pendón real, suena entre ellos el nombre del rey, se apodera la confusión; cunde el pánico, y todavía resulta vencedora la cristiana hueste.—Muerte del caudillo Alazarch.—Victorioso el infante D. Pedro diríjese á donde el rey su padre se encuentra, el cual lleno de entusiasmo le abraza y besa en la frente.—Recogidos los despojos de la batalla y con los moros prisioneros, regresa el ejército á Játiva.

IV.

La jornada de la mort.

Hácese trasladar el rey á Alcira, con objeto de vigilar mejor los víveres para el ejército, á cuyo frente continua el infante D. Pedro en Játiva.—En Alcira siéntese tan mal el monarca que hace llamar á su hijo D. Pedro, otorga testamento abdicando el reino de Valencia en éste, á quien entrega su espada, y el de Mallorca en D. Jaime.—Viste el hábito de la orden del Cister, á cuyo monasterio de Poblet quiere retirarse, si Dios le concede aún algunos años de vida, encarga á D. Pedro, después de darle admirables consejos, que si muere antes de llegar al indicado monasterio, deposite su cadáver en la Seo de Valencia, y que no se preocupe en celebrar sus exequias hasta dejar completamente pacificado el reino.—Ordena á D. Pedro que regrese á Játiva, y creyendo encontrarse más aliviado, dispone la marcha para Valencia.

V.

L'última victoria.

Aspecto de Valencia.—El pueblo á las puertas del palacio real, espera im-

paciente y consternado nuevas de la salud del rey; éste, que ha llegado de Alcira en gravísimo estado, se encuentra moribundo en el lecho, rodeado de la real familia.—Muerte del Conquistador.—Retíranse todos de la mortuoria estancia, permaneciendo en ella D. Pedro que no quiere abandonar el cadáver de su padre.—Tumulto en la plaza.—Noticia de que los moros se han apoderado del Castillo de Montesa.—Jura el infante D. Pedro ante el regio cadáver, cumplir sus mandatos, ordena que se le sepulte en la Seo de Valencia interinamente, y parte con los caballeros y ricos-hombres á Montesa á sofocar la insurrección.

VI.

Dos anys demprés.

Sitio de Montesa por las tropas cristianas.—Batalla con los moros.—Asalto del castillo.—Vencedores los cristianos, enarbolan el pendón aragonés en la atalaya.—Pacificación del reino.—Partida de D. Pedro á Valencia á cumplir la última voluntad del rey su padre.—Exhumación de los restos del rey D. Jaime.—D. Pedro pasa la noche velando el cadáver.—Visión del infante.—Amanece.—Solemnes exequias á las que asiste la real familia, la corte y el consejo.—Terminan las exequias.—Recorre el cortejo fúnebre las calles de Valencia, desde la cual es conducido el cadáver del monarca al monasterio de Poblet, concluyendo el poeta con un enérgico apóstrofe contra los que en en nuestro siglo destruyen aquel grandioso y artístico monumento.

Este es el plan, mejor dicho, el esqueleto de la obra rigurosamente ceñida á la verdad histórica; pero ¡cuanta poesía no despliega el Sr. Llombart en sus magníficas descripciones! Y no es que nos ciega la amistad sincera y desinteresada que á él nos une, sinó que cuantos conocen el trabajo, dicen otro tanto, como lo prueba el haber obtenido el premio ofrecido. Sentimos no poder copiar algunos de los bellísimos trozos que forman este poema del que se han dado á conocer en los periódicos algunos cantos, si bien confiamos en que en breve publicará su autor la obra completa, y que los verdaderos amantes de las bellas letras han de leerla con deleite. Es una historia sintetizada del rey D. Jaime, ese sér casi sobrenatural del que tanto aún se podría decir, y del que tanto partido podrían sacar los poetas todavía, por más que el Sr. Claret lo ponga en duda, con sólo describir sus inclitos é inmortales hechos. La poesía tiene con él pasto para largo, pues si bien es mucho lo que se ha escrito de tan grandioso personage, no se ha llegado ni á la centésima parte de lo que escribirse puede. Cualquiera de sus conquistas basta para asunto de un poema épico. Viendo todo esto, como el señor Claret al leer el *Cartell*, no hemos podido contener los deseos de escribir y manifestarle á dicho señor que no es incompatible la poesía con la historia.

No puede uno medir nunca las fuerzas ajenas por las propias. Alguien ha habido que se ha restregado los manos con arena, y ha podido ascender á la cucaña, teniendo valor para arrostrar los resbalones que no ha sufrido.

En lo tocante á la perentoriedad del

tiempo en que se ha de hacer el trabajo, el que tenga bastantes fuerzas para realizarlo en él que lo haga, y el que no, preséntelo al siguiente año, si el tema sigue, y en caso contrario nunca se pierde lo que algo vale.

En cuanto á que el poeta vague en las regiones de lo ideal sin trabas ni ligaduras, entretenido sólo con la música de los consonantes y disparatando á sus anchas, eso, amigo Sr. Claret, ya pasó; hoy se necesita decir algo en los versos, y sobre todo cuando se trata de historia; si para escribir se ha de conocer el asunto, al describirlo, no nos parece gran trabajo citar las fuentes de los conocimientos; si no se conoce, no debe tocarse, pues se expone uno á decir que D. Jaime por ejemplo, murió en el reinado de D. Felipe IV de Castilla, ó que fué contemporáneo del Cid, porque así le convenga para el desarrollo de su fábula; y esto, V. mismo lo comprende, y por lo tanto no debe extrañarle. Tal vez así *Lo Rat-Penat*, quiera fomentar el conocimiento de la historia pátria y difundirla entre todas las clases, pues V. que tan al corriente demuestra estar de las cosas de Valencia, no debe ignorar el deplorable estado de ignorancia en que la generalidad, y hasta algunas personas que pasan por conocedoras de la materia, se encuentran respecto á este punto. Y siendo así, no creemos de sobra las trabas para obligar á que la descripción sea fiel pues de lo contrario sólo se lograría embrollar más y más el asunto.

En lo referente al testamento de la reina de la fiesta, algo podría hacerse, pero siempre ofrece dificultades; pues para esto debería publicar el *cartell*

por entero, y costaría mucho. Nos parece más fácil que cuando un trabajo no pueda concluirse por falta material de tiempo, se guarde, como antes hemos dicho, para el siguiente año.

En resúmen; nos parece, Sr. Claret, que no ha andado V. muy acertado en sus predicciones, y que *Lo Rat Penat* puede abrigar la seguridad de que no obró tan ligeramente como V. suponía.

RAMÓN DE CAMPANAR.

Valencia, 10 Septiembre 1888

RECUERDOS

DE LA REAL CARTUJA DE VALDECRISTO.

III.

Oportuno sería hacer ahora á grandes rasgos la biografía de la Reina Doña María de Luna, ya que en los artículos anteriores venimos siguiendo paso á paso, la vida de su esposo D. Martin *el Humano*; porque si motivos de afecto y agradecimiento tenía á la Cartuja de Valdecristo para con su Rey, no menos debiera tenerlos para con Doña María de Luna, siendo como era ésta, la que alentaba aquel espíritu; la que fortalecía é inclinaba aquel ánimo con sus consejos; la que vivificaba con su talento y con los sentimientos de su magnánimo corazón, las grandes empresas que el Rey llevaba á cabo; pero no es mi propósito semejante digresión, que nos apartaría de nuestro principal asunto: sólo si haré constar, que la Cartuja de Valdecristo debió á la generosidad de aquella Reina su magnífica Iglesia mayor y el gran cláustro que circundaba los cementerios; que Segor-

be conserva como recuerdo constante de Doña María de Luna, el hermoso canal de riego, denominado *acequia nueva*, que, desde aquella época, viene fertilizando sus campos, constituyendo el venero riquísimo de su abundante producción; que el entonces valle de *Toliu*, término de Sagunto, hoy de Gilet, mantiene en pié con orgullo, el gran Convento de Santi-Espiritu, fundado por dicha Señora en 1402, y dotado por ella con siete mil sueldos anuales sobre la Vall de Almonecid y Paterna, por sus privilegios: que el derruido convento de Poblet, tenía preciosas reliquias y objetos del culto debidos á su munificencia, y que no hay pueblo, donde pusiera su planta Doña María, que no guarde restos más ó menos valiosos de su generosidad y poder. No es de extrañar, pues, que teniendo en cuenta tan especiales condiciones de carácter, y atraídos por las bellísimas cualidades que como Reina y como esposa la adornaban, el pueblo aragonés y valenciano sintiese sobremanera su muerte, y su duelo general acompañase al Rey en su acerbo dolor.

Don Martin, desconsolado por tan irreparable pérdida y quebrantada su salud por las enfermedades que ha tiempo le aquejaban, presintió no estar muy lejana su última hora, y no queriendo que la Cartuja de Valdecristo careciese en lo sucesivo de grandes rentas para la terminación de sus obras y para la prosecución desahogada de su instituto, procuró dar el último rasgo de su generosidad, dotando á dicho convento de nuevos y mayores beneficios.

En efecto; por una Real Cédula, expedida en Valencia á primero de Ene-

ro de 1407, Don Martin hizo donación á la Cartuja de Valdecristo de los lugares de Altura y Alcublas, con todos sus derechos, pertenencias, montes, aguas, acequias, jurisdicción alta y baja etc., etc., segun es de ver del siguiente párrafo que á la letra copiamos:

“Damus et concedimus perpetuo, per liberum et francum Allodium, pura et perfecta Donatione irrevocabili inter vivos, Loca nostra de Altura, et de les Alcubles, in Regno Valentiaë, sitasatio prope Monasterium ante dictum, Cum eorum terminis, et territoris, et cum Militibus, Infansonibus, Dominabus, et cum aliis hominibus et extrancis, Christianis, sciliset; et Judeis, et Sarracenis in eo habitantibus, et habitaturis, cum eodem fortitudinibus, Edificiis, ac domibus, honoribus, Nemoribus, Defetis, hortis, vineis, campis, Fontibus, aqueis et aqueductibus, Furnis, Inventionibus, sive Frobis, herbaticis, Carnagiis, Piscationibus, Venationibus, Mensuratis, Pensis, Jure Patronabus, Exercitibus, et Cabalcatis, Molendinis, Carniceriis, adempribus, Cenis, Peytis, Censibus, Agrariis, Colonis, Penis, Morabatino, seu Monetatico, et cum omnimoda jurisdictione Alta, et Baxia, Mero et Mixto Imperio, et alia quæ cumquæ nobis indictis, Locis, et eorum Terminis Competentibus modo Quolibet.” A continuación, se lee: “que si bien el Rey trasfería al Monasterio todo el dominio humano, ó secular tanto de jurisdicción, como de propiedad que tenía en dichos lugares, se reservaba, sin embargo, el conocimiento de tres casos criminales que quería quedasen unidos perpétuamente á la Corona, y termina diciendo: “Qui aliquam speciem subgenere con-

tenta excipit de reliquis sub eodem genere contentis etiam cogitasse et eas non esceptes, seu subgenere comprehensa voluisse censendus est Leg. cum Pretor 12. pr. D. de Judice.”

A virtud de esta donacion, el Prior D. Pedro de Podiolo y el procurador D. Bernardo Zafábrega, tomaron posesión de las villas de Altura y Alcublas, en 26 y 28, respectivamente, de Marzo de 1407.

Otro de los privilegios concedidos á Valdecristo está fechado en la misma Cartuja á 2 de Agosto de 1407. En ocasión en que Don Martin se habia retirado por algunos dias á esta su Casa, buscando lenitivo á su dolor y algun consuelo á su espíritu, teniendo quizá en cuenta que habia edificado un Monasterio, en el que, por sus estatutos, estaba prohibido comer carne, expidió Real Cédula, ordenando:

1.º Que se concedía al Convento un gran trozo de tierra inculto en el término de la villa de Xérica (que eran las vertientes del rio, entre este y el castillo, de una palanca á otra) y se mandaba que nadie pudiese cazar zirogrillos (conejos), ni pescar en el rio de aquel Distrito.

2.º Que no pudiese impedir á los monges de Valdecristo en y por todo el término de Segorbe, el poder cazar zirogrillos, ni tampoco pescados en dicho rio, bajo la pena al contrafactante de mil florines de oro de Aragon, aplicados, la tercera parte á Su Magestad, la otra tercera parte al Monasterio de Valdecristo y la restante al acusador.

3.º Y que se daba permiso y facultad á dicho Convento para poder pescar barbos, en todo el rio, sus foces y

pozos de Xérica y de la Ciudad de Segorbe, mandando al Baile general de Valencia, á los Justicias de Segorbe y Xérica y sus gobiernos, que bajo la pena dicha, nadie impidiera al citado Monasterio la venación de zirogrillos ni pescados.

Este curioso documento lleva pendiente un real sello de cera colorado, cubierto de lana y madera en el que aparece el Rey montado en un brioso caballo, con la espada desembainada en la mano derecha y sosteniendo con la izquierda las bridas y un escudo de las armas reales de Aragon.

Por este mismo tiempo, el Jurado de Valencia, á petición de Don Martin, concedió á Valdecristo el privilegio de que no pagase "*Lo Dret de peaje en lo Bacalao, Toñina y demes cosas que es compren pera servisi de la Casa.*"

De la misma manera, deseando que el Convento gozase de un poder completo casi absoluto, en los territorios concedidos, suplicó al Papa Benedicto XIII uniese á esta su Casa las Décimas Episcopales de las villas de Altura y Alcublas. El Pontífice no tardó en acceder á esta petición y por Bula despachada en Perpiñan á 10 de Setiembre de 1408, se sirvió incorporar perpetuamente á Valdecristo, toda la parte de décimas de cualesquiera frutos que, en los territorios de las mencionadas villas perteneciesen á la *Mensa episcopalis* de Segorbe. Sin embargo, no queriendo perjudicar los derechos adquiridos por el Obispo de dicha ciudad, expidió, otra Bula, bajo el mismo calendario, dirigida al Prior de la Cartuja, ordenándole que se pusiese de acuerdo con el señor

Obispo y conviniesen la forma y manera cómo debiera llevarse á cabo la concesión.

En su virtud Don Francisco Baguer, Obispo entonces de Segorbe y Albarraicin, renunció solemnemente todo su derecho á los frutos ó décimas de Altura y Alcublas, en favor del Monasterio de Valdecristo, con la condición, de que éste había de satisfacerle dos mil trescientos sueldos anuales (que era el precio porque ordinariamente se arrendaban aquellos frutos decimales) durante su vida, ó al menos mientras fuese Obispo de Segorbe. Para que pudiera darse la posesión al Convento conforme lo acordado entre ambas partes, D. Francisco, que á la sazón estaba en Barcelona, mandó escritura de poder otorgada ante el Escribano Don Gabriel Canielles en 29 de Noviembre de 1409, á favor de Mosen Ramón Ramo, Rector de la Iglesia parroquial de Sot de Ferrer, quien dió públicamente la corporal posesión de la citada parte de décimas episcopales al procurador de Valdecristo, Don Bernardo Zafábrega, en la plaza de Altura y sobre una alta plataforma, que al efecto se levantó, *cum bono amore et gratuita voluntate* de todos los que asistían al acto, y sin contradicción de algun impedimento ni mala voz, según es de ver de la escritura de posesión autorizada en 24 de Enero de 1410, por Don Pedro Lopez, Escribano de Côte de la espresada villa de Altura.

No faltaron por este tiempo á Don Martin grandes y dolorosísimos disgustos que aceleraron su muerte. El fallecimiento de su hijo el Rey de Sicilia y la falta de sucesión á su corona, le tenían completamente abatido; y aunque

los nobles y vasallos de su privanza le obligaron á contraer segundo matrimonio con Doña Margarita de Prades, esto no fué bastante á levantar aquel ánimo decaído, y residiendo en el Convento de Valdedoncellos, extramuros de Barcelona, se sintió atacado de un repentino accidente que acabó con su vida el día 31 de Mayo de 1410, sin tener la satisfacción de ver terminadas las obras de su privilegiado Monasterio de Valdecristo, objeto de uno de los mas grandes cuidados y atenciones durante su vida.

Volvamos la vista hacia él y prosigamos en el relato de su edificación, que será motivo del siguiente artículo.

JOSÉ MORRÓ AGUILAR.

Se continuará.

LA ESCULTURA VALENCIANA.

Las vicisitudes que ha sufrido Valencia, desde que 140 años antes de Jesucristo le dió este nombre el cónsul romano Junio Bruto, explican suficientemente el por qué hasta mediados del siglo XV no aparecen en la historia escultores valencianos, dignos por su fama ó por sus obras, de llegar á la posteridad. Poblada por los soldados dispersos de Viriato, después de la traidora muerte del famoso caudillo lusitano, y por algunos celtíberos y colonizadores egipcios, no debió esta masa heterogénea de rudos habitantes, pensar al pronto más que en satisfacer groseramente las primeras necesidades de la vida, proporcionándose alimentos y habitación; y sus ideas religiosas, relacionadas con el arte, debieron limitarse á

ídolos informes (1). Sobrevinieron más tarde las guerras sertorianas, durante las cuales fué Valencia asaltada y destruida, y tampoco parece que una época de sangre y devastación debió ser apropiada para las más elementales manifestaciones artísticas. Reedificada y engrandecida por Pompeyo, y aumentada su población primitiva con los veteranos licenciados del ejército; colonia romana, habitada ya después por opulentos personajes, á los que atraían la pureza del cielo, la suavidad del clima y la variada producción del suelo, no es dudoso ya de que al calor de la paz y de la prosperidad, brotaran las *Bellas Artes*, enemigas del desorden y de la guerra. Que se rigió Valencia por las leyes religiosas, políticas y sociales de la gran Metrópoli, que levantó templos á los dioses paganos, que tuvo Foro y Pretorio, lo confirman todos los historiadores; pero si ha llegado hasta nosotros la seguridad de que existieron estatuas (2), ni hemos podido contem-

(1) Una lápida que existe en el pretil del río, en punto próximo al azud de Robella, y que dice: *Sodalitium vernarum colentes Isisdis*, demuestra que se dió culto á la diosa Isis.

(2) En 1611, época en que publicó Escolano sus *Décadas*, aún habla de una *estátua puesta á los Hados ó Parcas que hoy día se halla en la casa de la capiscolía ó chantría delante de la iglesia mayor de Valencia*. En 1876, al publicar el marqués de Cruilles su *Guía Urbana*, no menciona la estatua, pero dice: «Existe en la casa que fué de la dignidad de Chantre, Plaza de la Almoyna, y es una muestra de antiquísima escultura, una lápida en el piso bajo, contigua al pozo, incrustada entre las demás piedras sillares que forman las paredes de la capilla que fué cárcel de San Vicente mártir. Es de piedra de mármol oscuro, como de cinco palmos de larga por tres de ancha. En ella se ven

plar sus restos, ni se han conservado los nombres de sus autores. Que tal vez los artistas serían romanos, que acaso sus obras se trabajaron fuera de Valencia, y sobre todo, que debieron pertenecer á los tiempos de la decadencia del arte, podemos conjeturarlo por la época en que estos hechos ocurrían. Estaba ya muy lejos el siglo de Pericles, el gran siglo de la inimitable escultura griega, ni superada, ni siquiera igualada después, en ningún tiempo y en ningún país, y los artistas greco-romanos, perdido el derrotero, navegaban arrastrados por la adulación servil hacia los escollos del más torpe amaneramiento.

Al sobrevenir la erupción de los bárbaros, se desquició la vieja civilización

grabados de relieve, tres bustos de diosas fatídicas ó adivinas, que eran adoradas por los celtíberos y celtas, coronadas sus cabezas de coronas radiadas cada una con siete rayos: sus gargantas también rodeadas de igual forma, cuyos siete rayos aluden á los siete planetas, á cuya influencia atribuían sus inspiraciones. Entre el primero y el segundo busto está la inscripción: *Fatis Quintus Fabius Nisus ex voto.*»

Otras lápidas prueban también que se levantaron estatuas á los dioses ó á los personajes.

En la esquina de la calle de la Abadía de San Martín á la de Ribot, casa núm. 4, hubo una cuya inscripción decía: *Marco Celsio, hijo de Marco, dedicó y donó este Hércules, con su base, ara y asiento, en su nombre y el de su hijo Marcio.*

En la esquina de las antiguas casas consistoriales había otra lápida que decía: *Los valencianos viejos y veteranos dedicaron esta estatua á Gnea Seya Herencia Salustia Barbina Orbiana Augusta, mujer de nuestro señor el Augusto.*

En la pared de la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, existe otra lápida, que dice. *Al dios Esculapio, Lucio Cornelio Higinio, servir augustal.*

romana; consumió el fuego lo que la espada había respetado, y pocos vestigios del arte antiguo debieron quedar en Valencia. No fué la turbulenta dominación goda propicia para el desarrollo de la Estatuaria, y si lo hubiera sido, la conquista de los árabes, enemigos de toda representación de la figura humana, debió acabar con lo poco que hubieran los godos respetado ó producido. Pasajero fué el dominio del Cid, y á su muerte volvió Valencia á poder de los árabes, hasta el año 1238, en que definitivamente la rescató D. Jaime. La necesidad en que este gran rey y sus sucesores se vieron de asegurar y ensanchar la conquista, de oponerse á los árabes fronterizos, de rechazar las agresiones de los castellanos, de combatir las discordias civiles y de llevar la guerra á Italia, todo contribuyó á retardar el desarrollo gradual de las artes de la paz.

Al mediar el siglo XV, ya la historia conserva los nombres de Jaime y de Juan Castellnou, plateros, que con Cetina labraron el altar mayor, la Virgen y la cruz de plata de la Catedral, y en el siglo XVI los de Valenzuela, Gonzalez, Estéban, Giner, y especialmente los de Juan Muñoz y su discípulo Tomás Sanchis, que entusiastas por la escultura, y deseosos de estudiar el renacimiento artístico, marcharon á Italia, y después de algunos años regresaron á Valencia, dejando al morir gallardas muestras de sus adelantos (3).

(3) Son de Muñoz las excelentes estatuas de los Santos Juanes Bautista y Evangelista, de la parroquia de San Juan; el retablo mayor y la estatua de Nuestra Señora de la Esperanza de San Martín, y las de San Eloy y la Santa titu-

En el siglo XVII solo se menciona á Orliers, á fray Gaspar Sanmartí, á Morelli y á mosen Pedro Bas. El siglo XVIII, acabada la guerra de sucesión, en la que perdió Valencia sus venerandos fueros, proporcionó, sin embargo, largos años de paz y de prosperidad, durante los cuales florecieron las artes. Los escultores Balaguer, Clostarmans, Consergues, Cotanda, Borja, Ponzaneli, Domingo, Estebe, Ginés, Guisart, Llorens, Llacer, Molins, Puchol, Salvador, los alemanes Aliprendi y Rodulfo, y sobre todo las familias de los Capúz y de los Vergara, trabajaron muchas y muy buenas estatuas, desde las pequeñas de fray Francisco y de Raimundo Capúz hasta la colosal de Cárlos III, obra de D. Ignacio Vergara, que con la Prudencia y la Justicia coronan la fachada de la Aduana.

No mencionaré á los escultores del presente siglo; son muchos, y temería además ofender la modestia de los que aún viven y trabajan con entusiasmo y con fé, á pesar de las dificultades con que tropiezan para dar libre curso á su inspiración. Como humilde flor depositada al pié de sus tumbas, citaré, sin embargo, los nombres de D. Francisco Bellver, tronco de una verdadera dinastía de escultores; D. José Estebe y Boget, autor de la estatua en mármol de Santo Tomás de Villanueva, que hoy existe en el patio del palacio arzobispal; D. Felipe Andreu, que hizo el San José que se venera en la capilla de N.^a Sra. de los Desamparados; y D. Vicen-

lar en Santa Catalina. Son de Sanchis las estatuas de los cuatro doctores del retablo mayor de San Juan, la del titular en el altar mayor de San Andrés, y otras varias.

te Hernandez, profesor de esta Escuela, y después de la de Sevilla, y autor del grupo que existió en la fachada del teatro Principal.

Cuando desapasionadamente se examinan las obras de los escultores valencianos, al compararlas con las de los pintores, se vé que llevan estos la ventaja. No cabe dudar que los nombres de Juan de Joanes y de Rivera brillan con luz más esplendorosa que los de Vergara y de Muñóz, á lo cual contribuyen multitud de circunstancias ajenas á la respectiva aptitud de los artistas. El hecho, por otra parte, no es exclusivo de Valencia, es general en España. Velazquez y Murillo tambien descuellan en pedestal más elevado que Berruguete y Alonso Cano. Sólo generalizando la comparación, y extendiéndola á todas las épocas del arte, puede encontrarse la supremacia de la escultura sobre la pintura; pero después que el Cristianismo cambió el modo de ser de las sociedades antiguas, y abrió nuevos horizontes al pensamiento humano, al imprimir especiales caracteres á las Bellas Artes, era forzoso que la pintura sobrepujara á la escultura, y que todo lo que la primera ganara lo perdiera la segunda. Aunque no podemos hoy juzgar las obras de Zeuxis, Parrasio y Apeles, á pesar de los elogios que de ellas hicieron sus contemporáneos, es hoy para los críticos una verdad manifiesta que Rafael y los grandes maestros de los siglos XV y XVI son superiores á los más afamados pintores de la antigua Grecia; pero que los escultores del Renacimiento y los de nuestros dias, aunque lleven nombres tan ilustres como Miguel Angel, Torrigiani, Cánova ó

Thorwaldsen, ha de ceder la palma de la victoria á Fidias, Scopas y Praxiteles.

Las admirables estátuas griegas, reasumiendo la belleza típica, fueron una maravilla de concepción y un prodigio de ejecución. La grandiosa simplicidad de las líneas, la severa majestad del conjunto, el perfecto estudio del natural, pero natural escogido por medio de una elección atinada; aquellas justas proporciones, aquella verdad y ligereza en los paños, aquella delicadeza del desnudo, que en su propia desnudez parece cubrirse con el velo de la pureza; aquellas tranquilas actitudes, aquella expresión dulce y serena de las facciones, que deja, no obstante, transparentar la vida y adivinar el alma, han sido, son y serán siempre la desesperación de los artistas que pretendan imitarlas. Y es que el arte helénico, al animar la piedra, supo detenerse en el límite preciso, y nunca sacrificó la belleza física á la expresión del alma. La plástica griega fué la apoteosis de la forma.

Llegó el cristianismo; infundió savia nueva en la caduca sociedad pagana, sembró nuevas doctrinas y abrió al arte caminos hasta entonces no pisados. Valle de lágrimas el mundo, destierro breve la vida, flor de un día la belleza, el ideal cristiano había de volar lejos del mundo y de la vida, y despreciando los encantos de la forma perecedera, tenía que elevarse á la contemplación de la belleza inmortal del alma. Desde el sublime *Fiat lux* que inicia la creación, hasta el no menos sublime *Consumatum est* que completa la Redención, y desde el primer apóstol hasta

el último mártir, ¡qué prodigiosa variedad de asuntos para la vida del arte! ¡Qué inagotable manantial de afectos para la inspiración del artista! ¡La magestad de Dios, la inocencia de los ángeles, la pureza de las vírgenes, la mortificación de los penitentes, la fé de los apóstoles, la resignación de los mártires, la inspiración de los profetas, el arrobamiento místico, la nostalgia del cielo y la lucha mortal, continua, entre las tentaciones del placer mundano y las promesas del amor divino! A la apoteosis de la forma, el cristianismo opuso la apoteosis del alma.

Pero estas nuevas vías abiertas al arte, no favorecían por igual manera á la pintura y á la escultura. La magnitud de los asuntos y el contraste de los afectos se acomodaban perfectamente al cuadro, pero huían de la estátua, y mientras la pintura ensanchaba su esfera de acción, y merced al colorido, á la expresión y á la perspectiva aérea, daba mayor atractivo y más realidad á sus composiciones, la escultura, al violar las leyes que hasta entonces la habían regulado, se sintió empujada hacia el campo de la pintura; traspasó los límites donde la antigüedad clásica se había detenido, y avanzó tímida por el sendero desconocido. Luchó todavía; pero al fin hubo de pedir á la pintura los elementos que le faltaban, y aparecieron las imágenes pintadas, la policromía artificial, que convertía al escultor en esclavo de la expresión y el colorido. Y en vano, en vano fué que en la época del Renacimiento se pretendiera resucitar leyes antiguas y competir con los artistas griegos. El escultor espiritualista, el escultor cristiano, sin aper-

cibirse de ello, concibe sus estatuas y las ejecuta con sentimiento cristiano, y hasta cuando modela ó esculpe asuntos mitológicos ó dioses paganos, sin sentirlo, sin pensarlo, sin quererlo, sacrifica la forma física á la expresión del alma.

Los escultores de Valencia no habían de ser una excepción entre todos los del mundo. Dentro del ideal artístico predominante, sin modelos que imitar y entregados á sus propias inspiraciones, produjeron al principio esas estatuas ingenuas, pensadas con devoción y trabajadas con impericia, manifestaciones cándidas y antiestéticas de un arte que balbucea sus primeras palabras. Poco á poco fueron mejorando sus obras, pero muy tímidamente, hasta que la fama esparció por Europa la noticia de los adelantos que en Italia había realizado la escultura, y á Italia fueron los valencianos á estudiar, y allí aprendieron á dar á sus estatuas más soltura y mayor grandiosidad. Multiplicábase entre tanto en Valencia las fundaciones piadosas, crecía el número de conventos que, protegidos por los reyes y los magnates, se convirtieron pronto en centros protectores de las artes. Arquitectos, pintores y escultores encontraban en ellos ocupación constante y ganancia segura, y entre los mismos frailes se contaron artistas muy justamente apreciados. La inmensa mayoría de las obras de escultura valenciana, estatuas de piedra ó de madera, son de asunto religioso: muy pocas son irreprochables, y aunque muchas se resienten del mal gusto reinante de la época respectiva, hay, sin embargo, algunas que merecen el aplauso que le concedieron sus contem-

poráneos, y que les ha confirmado la crítica moderna. Los crucifijos de Don Antonio Salvador, los Nazarenos de Consergues, los Niños de Esteve, la imagen de Nuestra Señora de la Divina Gracia del convento de Porta-Coeli, que hoy se venera en el altar mayor de la Catedral, la mejor obra de Vergara, según los inteligentes, y el grupo de ángeles adorando el nombre de María, de la fachada, del mismo autor, son una buena prueba de ello. A pesar de sus defectos, aún tienen algo que admirar las estatuas de la fachada del Cármén, de Capúz, y las de Santo Tomás de Villanueva y San Luis Beltrán, del Puente Nuevo, obra de Ponsanelli.

También cultivaron alguna vez nuestros artistas el género profano, y aún el mitológico. Acredítanlo así los bustos-retratos de Felipe V, doña Luisa de Saboya y D. Luis I, que existieron en la Alameda; las cuatro estaciones del año, y el tritón que aún vemos en la Glorieta; la notable fachada del palacio del marqués de Dos-Aguas; y un Apolo, unas diosas y unas fuentes, que en los reinados de Felipe IV y Carlos II se trabajaron para Madrid y Aranjuez.

Que no se limitó á la capital la fama de los escultores valencianos, que se extendió por todo el antiguo reino, lo pregonan la multitud de estatuas y de imágenes que en las principales poblaciones adornan la fachada de los templos ó se veneran en sus altares, y que, traspassando los límites del reino, llegó á diferentes capitales de España, lo dicen Murcia, Cuenca, Toledo, Sevilla y Barcelona, que tienen obras de los escultores de Valencia. En Roma esculpió

D. Francisco Vergara, primo y rival de D. Ignacio, y el mejor de los Vergaras valencianos, como dice Cean Bermudez, aquella estatua colosal de San Pedro Alcántara, que colocada en el Vaticano, le conquistó el nombre de uno de los primeros escultores del siglo pasado. Para Madrid trabajó Capúz aquellas figuritas de á cuarta, con las cabezas y las manos de marfil, y el ropaje de maderas de diferentes colores, policromía natural, que no consideran los preceptistas reñida con el Arte, y que tanto llamó la atención de la corte. Tambien en Madrid debe existir aún el célebre crucifijo de Piquer, que los cómicos sacaban en procesión por Semana Santa; y segun Viardot, la Academia de San Fernando posee una larga série de figuritas de pasta pintada de un cuarto del natural, que se compone de 45 grupos, representando episodios de la *Degollación de los inocentes*, obra del valenciano Ginés. Dichos grupos revelan una invención inagotable, mucha variedad en los detalles y una energía singular (4), según la propia confesión del crítico francés.

Y al llegar á este punto ocurre preguntar: ¿Si los escultores valencianos en los siglos anteriores dejaron obras tan apreciadas, á qué es debido que en el presente siglo la escultura valenciana aparezca como abatida y desalentada, cuando la pintura se muestra cada dia mas pujante y mas briosa? ¿Son dificultades técnicas las que se oponen á que siga el poderoso vuelo de su hermana? ¿Es más fácil pintar un cuadro que modelar una estatua? En mi concepto, no.

(4) M. Luis Viardot, *Las maravillas de la escultura*.

De buen grado he de confesar que los pintores valencianos, por el simple hecho de vivir en un país de abundante y variada vegetación, que reviste todos los tonos, de cielo hermoso y de sol espléndido, tienen vencido uno de los obstáculos de la pintura, el colorido, y hasta el punto de que, impresionistas desde sus primeros años, realicen en edad muy temprana maravillas de color, que asombran por lo improvisadas. Pero esta misma facilidad que tienen para ver la luz y apoderarse de ella, no deja de ser tambien un escollo en el cual naufragan muchas veces: la pintura no está sólo en el color. Tampoco se me oculta que la mayor variedad de los asuntos, la más viva expresión de las pasiones, la facilidad de agrupar y dar interés á los accesorios y otras muchas circunstancias, favorecen siempre á los pintores; pero no son estos motivos suficientes para explicar la inercia que hoy se nota en la escultura valenciana. Los obstáculos que hoy detienen al escultor no son artísticos ni personales. Dependen de causas más generales, más complejas, puesto que se refieren á las circunstancias políticas, sociales y económicas que han pesado sobre España por más de medio siglo. La invasión francesa y la gigantesca lucha que provocó (5) los cambios políticos, la

(5) Durante la guerra de la Independencia, se destruyó una estatua antigua, de mérito, según parece. Hé aquí cómo describe el hecho el marqués de Cruilles, en la ya citada *Guia Urbana de Valencia*, al ocuparse de la demolición del palacio Real. Dice así: »Una de las antigüedades que perecieron en esta ocasión fué la estatua colosal de mármol, que se creía de Anibal, traída de Sagunto para enviarla á la córte, y estaba entretanto colocada

guerra civil, la supresión de los conventos y los continuos trastornos y las repetidas calamidades, habían de agotar las fuerzas productoras del país, y conducirnos á una prolongada crisis económica. Tantos años de intranquilidad y de empobrecimiento debían estacionar las artes, y aún hacerles retroceder, y esto es lo que ocurrió en Valencia. La arquitectura pudo rehacerse pronto: sobre los mismos solares de los conventos derribados, y en la extensa zona del ensanche de la ciudad, se han multiplicado las nuevas construcciones y los grandes asilos benéficos provinciales ó particulares: los edificios públicos, templos, estaciones, teatros, cárceles, cafés, fábricas, mercados y manicomio, le han proporcionado y le proporcionarán todavía para mucho tiempo ocupación constante y productiva. Aunque más lentamente, también se ha repuesto la pintura. El cuadro histórico y el de género han venido á sustituir al cuadro religioso, y tal vez con ventajas para el artista. Los buenos cuadros encuentran hoy colocación inmediata en España y fuera de ella, obteniendo precios, no sólo remunerado-

en un rellano de la escalera de la izquierda. Arrojada al óvalo de la Alameda á la destrucción del palacio, se le desprendió la cabeza, que fué recogida por un inteligente, y el hermoso y mutilado torso, cuyo trabajo en la afligranada armadura era la admiración de los conoedores, después de estar mucho tiempo abandonado, fué trasladado á la fábrica de moneda, establecida por entonces en esta ciudad, donde aserrado en trozos, se convirtió en morteros para las elaboraciones: triste fin de tan hermosa estatua, venir á perecer de esta suerte, después de haber estado olvidada más de diez siglos, junto á los escombros de la antigua Sagnnto.»

res, sinó hasta con frecuencia espléndidos, y los pintores ilustres se ven solicitados por una demanda superior á su actividad. Los mismos jóvenes, que no han logrado todavía adquirir una reputación, encuentran entre los aficionados fácil salida para bocetos, estudios ó cuadritos de género, que, á pesar de los limitados precios que obtienen, les bastan, sin embargo, para atender á sus necesidades, y les permiten esperar, mientras estudian y preparan el cuadro de sus esperanzas, el cuadro que en la inmediata Exposición ha de conquistarles tal vez el premio apetecido y la gloria ambicionada.

Del fondo, pues, de los mismos males surgió el remedio para la arquitectura y la pintura. Con la población creciente y el desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio, han venido el fomento de la riqueza y el bienestar progresivo; nótese una mayor cultura, un gusto más exquisito y una expansión del sentimiento artístico, que va poco á poco infiltrándose por todas partes, y embelleciendo á un tiempo mismo la vía pública y el hogar doméstico. Pero en esta especie de renacimiento apenas ha figurado hasta ahora la escultura. Arte de príncipes ó de magnates, necesita protectores opulentos ó épocas muy prósperas para florecer. Dentro del positivismo actual, el propietario, aún siendo muy rico, calcula exactamente la renta que el capital empleado ha de producirle, antes de emprender una construcción, y cuando por tratarse de vivienda propia, con honores de palacio, quiere alardear de gusto y de riqueza, ya pide al pintor lienzos para techos y paredes, y al ta-

llista adornos para muebles y fachadas; pero apenas pide al escultor estatuas para salones y jardines. El Estado y el municipio, por su parte, al proyectar obras públicas, lo hacen todavía impulsados por necesidad apremiante, casi siempre dentro de mezquinos presupuestos, y moviéndose en un círculo de apuros financieros. Falto de estímulos protectores, el escultor valenciano tiene que circunscribirse á simples juguetes, ó al género religioso, como en los siglos pasados, con la desventaja de que en tiempos antiguos este trabajo abundaba todo lo que hoy escasea. Llenas las necesidades del culto en los templos de la capital, sólo se le piden, por la devoción particular ó por las poblaciones de escasos recursos, copias de las imágenes más veneradas, sujetándole al convencionalismo que la tradición local ha señalado á cada imagen, limitándole todo lo posible el precio del trabajo, y procurando convertirle de artista en artesano.

¿Y en estas condiciones, cómo producir obras notables? ¡Desgraciado arte y pobres artistas, cuando á tan estrecho horizonte ven reducida su inspiración! Y luchan, luchan, á pesar de todo, los escultores valencianos con denuedo tenáz y temerario arrojo. Siéntense con alientos superiores, y esperan que han de llegar tiempos más prósperos. A las diferentes Exposiciones celebradas en Valencia, han acudido siempre dispuestos á probar que el arte vive todavía. Obras ligeras é improvisadas, estudios olvidados en un rincón del taller, trabajos de la víspera tal vez, bocetos concebidos y ejecutados en breves horas, han sido generalmente los expuestos;

pero aún así se vislumbran en ellos chispazos de inspiración y ráfagas de génio. Y es que no son facultades las que les faltan á nuestros escultores, sinó ocasión para demostrarlas en toda su plenitud. Esa ocasión ha de llegar en lo que resta de siglo. Los edificios públicos, las fuentes, las plazas y los paseos necesitan hermosearse con estatuas: lo reclaman á la vez el arte y la gratitud: el arte, porque nada como ellas pregona sus excelencias, y la gratitud, porque todo pueblo culto debe honrar la memoria de sus hijos ilustres, y Valencia tiene con los suyos una deuda pendiente, tanto más sagrada cuanto más antigua. A las estatuas de D. Jaime y de Ribera, próximas á inaugurarse, (6) deben seguir las de Juan de Juanes y de Liñán, y á éstas, las de tantos hombres insignes que, con obras imperecederas, han tejido esa corona de laureles que orna las sienes de la patria.

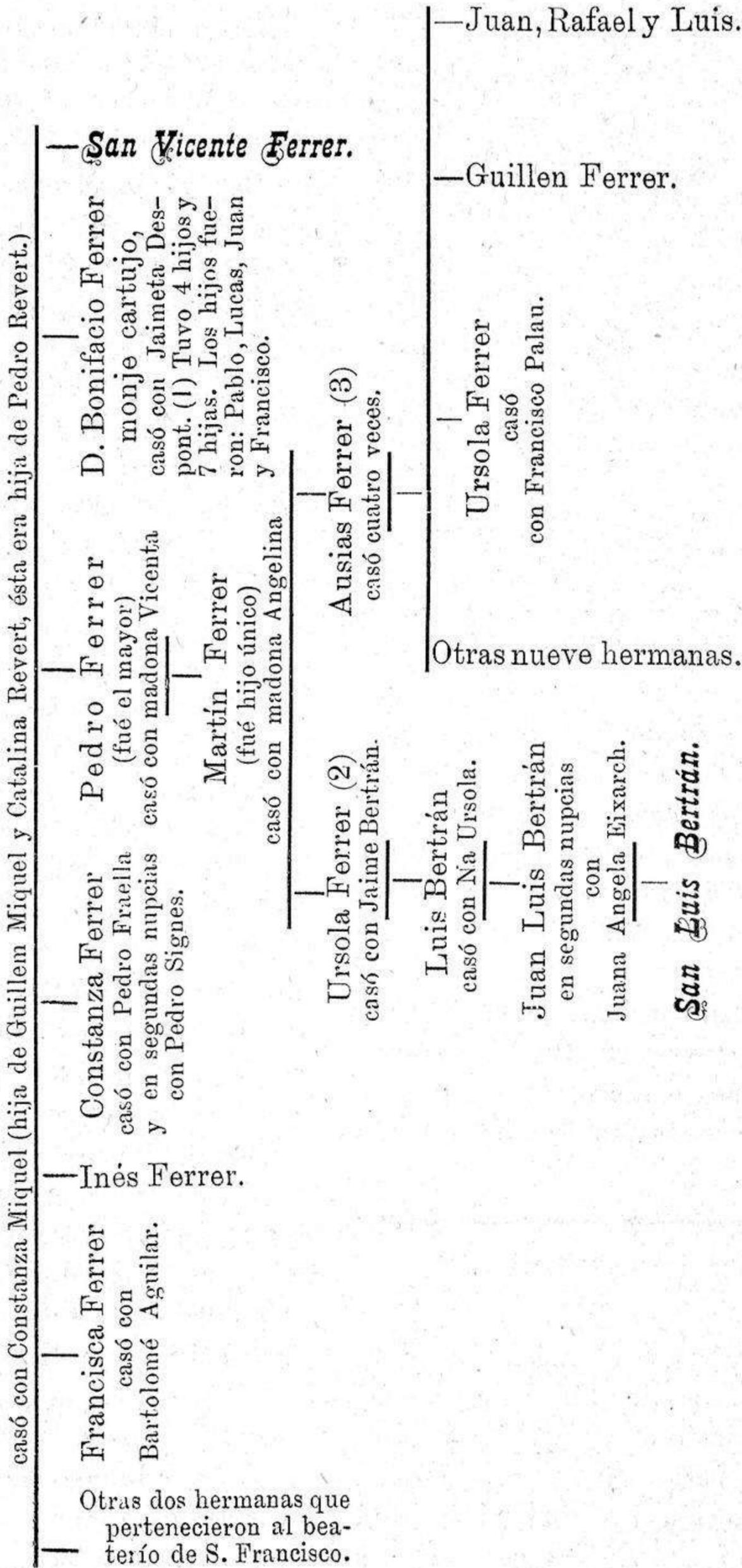
Cuando en su elevado pedestal se levanten esas figuras egregias, sirviéndoles de marco digno la verde arboleda y el azul del cielo, correrá de boca en boca la memoria de sus hechos, brillará en los ojos la admiración entusiasta, y latirá el corazón sediento de imitar sus virtudes. Sea la deuda del pasado, progreso para el presente y estímulo para el porvenir.

JOAQUIN SERRANO CAÑETE.

(6) Escribióse este estudio para leerse en la apertura de la Escuela de Bellas Artes de Valencia el pasado año y no nos ha sido posible publicarlo antes.

PARENTESCO DE SAN LUIS BERTRÁN CON SAN VICENTE FERRER

GUILLERMO FERRER



(1) Vidal y Micó, pág. 492.

(2) Aquí empieza el P. Teixidor.

(3) En el otro árbol le creíamos hijo único, pero el P. Teixidor le dá por hermana á Ursola.

La mayor parte de los historiadores de San Luis Bertrán dicen simplemente, que fué pariente de San Vicente Ferrer. El P. Vidal, citando á Beaumont, avanza hasta decir que fué sobrino de San Vicente en sexto grado, pero no lo prueba. El estimable crítico P. Fr. José Teixidor, de la Orden de Predicadores, en su Necrologio (inédito) del convento de Santo Domingo de Valencia, lo justifica de la manera que va expresada en el anterior árbol genealógico, al cual añadimos las noticias que hemos podido encontrar, después de publicado el artículo sobre la *prosapia de S. Vicente*, que vió la luz en el tomo I de EL ARCHIVO, pág. 221.

Debemos esta noticia tan deseada á un entusiasta devoto de San Luis Bertrán, que vá á reproducir la historia de este Santo, escrita por su discípulo el sapientísimo Padre Fr. Vicente Justiniano Antist, edición de 1585, en extremo rara y tan justamente celebrada por los críticos y bibliófilos. En ella parece se encontrarán notas interesantes, recogidas de escritos inéditos de célebres escritores, entre ellos el citado P. Teixidor.

MISCELANEA.

Una observación.—El estar ausente todo el mes el director de esta Revista ha ocasionado el retraso del presente número y acaso alguna incorrección en su redacción. La visita que está practicando á las bibliotecas, archivos y museos de Madrid y Barcelona creemos que resarcirá con exceso estas faltas, pues no dejará de conseguir para

la misma datos y relaciones que la hagan mas interesante de cada dia.



Descubrimientos arqueológicos.—“La Veu de Monserrat” de Vich, dá noticia de un hallazgo importantísimo hecho entre las ruinas del que fué castillo de Moncada.

Es un ídolo pequeño de bronce, representando una de las divinidades falsas, en que los paganos personificaban sus pasiones carnales.

La colección de antigüedades Vicensas, dice el colega, va adquiriendo cada dia mayor importancia, y la Sociedad Arqueológica de Vich ha sido creada en momento oportuno para conservar todos aquellos vestigios de las generaciones pasadas.

—La excavación de un terreno en Ramé, á pocos kilómetros de Alejandría, ha producido el descubrimiento de un sarcófago que se supone ser, ni más ni menos, que la tumba de Alejandro el Magno, buscada desde hace tiempo, y que últimamente esperaba encontrar el Dr. Schliemann en el centro mismo de Alejandría.

—En Cartago (Africa) se ha descubierto una tumba muy bien conservada y muy interesante.

Encierra cuatro esqueletos, dos hachas, diversos instrumentos y dos vajillas muy finas intactas.

Todos estos objetos, cuyo descubrimiento se debe al P. Delattre, han sido entregados al director del Museo de aquella célebre y en otro tiempo famosa ciudad africana.

—En uno de los desmontes próximos á la Merced, en Huelva, ha sido

encontrada por varios trabajadores una gran vasija de barro, conteniendo buen número de monedas fenicias de las que llevan la inscripción de *Onuba*.

—En el monte *Castelo*, provincia de la Coruña, fué hallada dias pasados por unos muchachos, una caja triangular metida debajo de tierra y formada de losas delgaditas, la cual contenía un número bastante considerable de hachas, pertenecientes, según parece, á la edad de bronce.

Los muchachos, contentísimos con el hallazgo, y suponiendo que fuera oro el metal de los citados instrumentos, se los llevaron á sus casas, donde, convencidos de que sólo eran de bronce, los vendieron á un fundidor de metal.

—En Alcora, provincia de Castellón, al hacer un desmante para una carretera, han aparecido muchas sepulturas que se creen moriscas. Hánse recogido de entre los cadáveres, collares y alhajas y una inscripción. De Barcelona parece ha salido una comisión presidida por D. Víctor Balaguer con objeto de recoger y llevarse á Villanueva y Geltrú todos los objetos que se crean dignos de figurar en aquel rico museo.



Notas sueltas.—Hace algunos dias se halla en España visitando los Archivos de Simancas, Alcalá de Henares y de Indias, el sabio conservador del palacio de Mónaco, Mr. Saige, quien, comisionado por el príncipe de aquel Estado, ha venido á completar en dichos establecimientos los datos referentes al protectorado de España sobre Mónaco en tiempo de Carlos V, que le son necesarios para la terminación del segundo tomo de la obra que está es-

cribiendo, relativa á la familia reinante, y cuyo primer tomo acaba de publicarse.

—La biblioteca y el archivo del Vaticano se han enriquecido recientemente con una colección curiosísima de cartas y manuscritos pertenecientes al arqueólogo barón Visconti, adquirida por Su Santidad, habiendo nombrado un empleado de su confianza para que estudie su clasificación y destino más conveniente.

—Ha fallecido en Florencia un coleccionista muy conocido, Mr. Luis Corraud, de Lyon.

Lega su colección de esmaltes y marfiles, valuada en mas de tres millones de francos, á la municipalidad de Florencia, y añade en su testamento:

“A los francesés revolucionarios y republicanos les legó solamente mi odio y mi desprecio.”



El historiador de D. Jaime I.—Cortamos de “Las Provincias” las siguientes frases de la reseña que ha publicado sobre la reunión que en Barcelona tuvo lugar el 4 del actual, para honrar al Baron de Tourtoulon.

“El barón de Tourtoulon tiene condiciones excepcionales para realizar la obra que ha llevado á cabo. Es un escritor de conciencia escrupulosa, de juicio sereno, de rectitud inflexible. Entre los *felibres* provenzales, dotados de ardiente fantasía y caracter apasionado, se distingue por su tranquilidad y su mesura: parece, por lo grave, circunspecto y correctísimo, un *gentleman* británico, uno de esos hombres de Estado y de letras, que honran á Inglaterra, lo mismo en la política y la diplomacia, que

en la literatura y las ciencias. Con profunda y vasta erudición, con amor paciente à las investigaciones difíciles y fructuosas, con el convencimiento firme de la seriedad de sus trabajos, no trata cuestión alguna que no desentrañe hasta lo mas hondo y que no deje perfectamente aclarada. Al gran servicio que nos ha prestado con su historia del rey *Jacme le Conquérant, selon les chroniques et les documents inédits*, hay que añadir los estudios que sobre la literatura española, y principalmente la catalana, ha hecho en su excelente *Revue du Monde latin*, muy estimada en todos los círculos literarios de Europa.

El gobierno español pagó, en algún modo, estos servicios, dando al barón de Tourtoulón una encomienda de Carlos III; el ayuntamiento de Valencia le otorgó diploma de ciudadanía cuando asistió à la conmemoración centenaria de la muerte del rey D. Jaime; Barcelona le ha obsequiado mucho siempre que à ella ha venido; y este año había sido designado como uno de los mantenedores de los Juegos Florales.

La sesión terminó con una nota, que ha de sonar muy bien en Valencia. Contestando à invitación cariñosa, del director de "Las Provincias", el barón de Tourtoulón ofreció asistir à la inauguración de la estatua del rey D. Jaime. Precisamente, es admirador entusiasta de la obra escultórica de Agapito Vallmitjana. Cuando vió por primera vez el modelo, que estaba terminando el afamado escultor, encontró que respondía tan bien à la idea que se había formado del gran rey, que exclamó: "Si fuera posible que ahora se me presentase D. Jaime en persona, y no fuése

así, le diría: "retírate, impostor; tú no eres el Conquistador de Mallorca y de Valencia". Este es un voto de calidad, como puede haber pocos en el presente caso."

Si pues, como está anunciado, la estatua del Rey Conquistador se inaugura en la próxima primavera, no tardaremos en ver al entusiasta barón provenzal.



Boletín de la Real Academia de la Historia.—Sumario de los cuadernos de Julio y Septiembre.

Noticias.—Movimiento del personal de la Academia durante el primer semestre del año 1888.

INFORMES: I. Inscripción histórica de *Hasta Regia*, anterior à la época del imperio romano, por Emilio Hübnér.—II. Biblioteca de la mezquita *Azzeitunah* de Túnez, por Francisco Cordera.—III. Noticias de los Omeyyas de Alandaluz por Aben Hazam, por id.—IV. Manuscrito de Aben Hayyan en la biblioteca de los herederos de Çidi Hamoudah en Constantina, por id.—V. Un golpe de estado hasta aquí desconocido en la historia de Cataluña, por Teodoro Creus.—VI. Inscripción romana de Cofiño, en Asturias, por Aureliano Fernández-Guerra.—VII. Madrid viejo, por Juan de Dios de la Rada y Delgado.—VIII. La iglesia de Sancti-Spíritus en Salamanca, por Vicente de la Fuente.—IX. San Esteban de Salamanca, por id.—X. Historia de Grecia, por Francisco Fernández y González.

VARIEDADES: I. Treinta leyendas por Gil de Zamora.—II. El libro del Cerrantense.—III. Bulas inéditas de Alejandro III y Honorio III.

